

Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, México, Senado de la República LXII Legislatura/Taurus, Edición conmemorativa del 500° aniversario, 2013

ADÁN PANDO MORENO

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*El Príncipe*, la obra más conocida de Nicolás Maquiavelo, en el 2013 cumplió 500 años de haber sido escrita. Sin duda, es una obra que ha conocido incontables impresiones, unas legítimas y otras no tanto, y una cantidad astronómica de exégesis, análisis y estudios en torno a ella. Hace apenas once meses llegó a librerías una edición más de *El Príncipe* con sus respectivos estudios. Es el motivo de esta reseña.

Para empezar, el sello de producción editorial, la bien afamada casa Taurus, por una parte, cuyos productos son garantía de calidad en libros y, por otra parte, los auspicios de la Mesa Directiva del Senado de la República, del cual se debe saludar la iniciativa de que este título sea de un alcance público mayor que otros títulos que ha dado a la imprenta (por ejemplo, una versión del *Breviario de los Políticos* atribuido a Mazarino o *Tácticas Parlamentarias* de Jeremy Bentham). Así, Taurus y el Senado de la República ponen ante nosotros un ejemplar editado en cuarto, de folios cosidos y encuadernado en cartóné, impreso en cuché un tanto brillante, que mucho se agradece para apreciar las ilustraciones pero que ciertamente cansa la vista cuando de leer se trata. El colofón no nos da noticia del tiraje. Por su tamaño (mayor que una hoja carta), por su peso y por su elección de papel, no es un ejemplar portátil ni de trabajo, digamos para el estudiante o el investigador, sino, como bien lo advierten los editores, una edición conmemorativa, como se suele decir, un *coffee table book*.

En tanto edición conmemorativa, está emparentada con la que apareciera en Italia en 2013 por la editorial Treccani (*Il Principe di Niccolò Machiavelli e il suo tempo 1513-2013*). Libro que no contiene ningún texto de Maquiavelo sino ensayos interpretativos e históricos de gran calado sobre la recepción de las ideas del florentino. El libro está vinculado a un proyecto mayor que contemplaba una bibliografía *on line*, una enciclopedia maquiaveliana y una muestra que se expuso desde abril hasta junio de 2013. Por ello, este libro ofrece una vasta colección fotográfica de la iconografía del autor de *El Príncipe*. Habremos de volver sobre ella.

El libro que ahora tratamos se compone de siete segmentos, bajo la coordinación del conocido estudioso mexicano de la política y profesor de derecho constitucional Jorge Islas, si bien el conjunto lleva por título el que corresponde a la obra de Maquiavelo. Abre la obra una sencilla pero bien sopesada Presentación del C. Senador Raúl Cervantes en la que da cuenta del carácter de la obra y su motivo. Le sigue un Proemio a cargo del C. Senador Zoé Robledo, “promotor de esta encomienda” en palabras del Senador Cervantes. En su Proemio, el senador Robledo se muestra crítico de las nociones vulgares sobre lo maquiavélico y como seguidor de versiones contemporáneas y desprejuiciadas de la obra de Maquiavelo.

No deja de ser notable que nuestros mencionados legisladores hagan sus intervenciones medidas, centradas, bien informadas, lejos de los discursos –por desgracia no infrecuentes– de otros políticos que en un arrobamiento literario se sienten con arrestos para opinar y emitir juicios sobre cualquier cosa cuando en realidad carecen de los fundamentos suficientes. Éste, repito, no es el caso y el hecho no sólo habla bien de los senadores citados sino, sobre todo, de la obra en su globalidad.

Le sigue una pequeñísima Nota preliminar cuyo dato más notable es su autor: Giovanni Sartori, uno de los mejor reputados politólogos de esa tan prolífica escuela italiana, profesor emérito de las universidades de Columbia y de Florencia. Nota de felicitaciones y parabienes pero que no deja de tener, muy al caso, un saborcillo renacentista entre *nihil obstat* y graciosa respuesta a una casi cortesana dedicatoria.

El cuarto segmento es, a mi juicio, la parte más importante de esta obra considerada en específico: un Prólogo a *El Príncipe* firmado por Maurizio Viroli –traducido por S. Longhitano–, conspicua autoridad en el tema y autor de una de las más hermosas biografías del florentino, *La Sonrisa de Maquiavelo*. Dada esta importancia me permitiré reservar su comentario hasta el final de la reseña.

Se encuentra después el texto del coordinador de la obra: “Estudio introductorio *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo: quinientos años sobre la verdad efectiva del poder”, del Dr. Jorge Islas, estudio dedicado, “con gran afecto”, a Giovanni Sartori. Veintinueve páginas de un panorama apretado, sin duda por los imperativos del espacio, en los que Islas repasa raudamente aspectos de la vida de Maquiavelo, sin omitir algunos puntos sobresalientes de su contexto, su experiencia y funciones políticas y diplomáticas, y también del libro mismo objeto de la edición. Una defensa, que no apología, contra los prejuicios usualmente esgrimidos contra el autor toscano (“cínico, inmoral, oportunista, calculador, ... diabólico”, etc.); pero una defensa también en pro de un estudio ecuánime y actualizado de las ideas del gran secretario florentino. Sería demasiado largo exponer todas las proposiciones expuestas por Islas. Se adhiere, entre varias otras, a dos tesis, la que propone a Maquiavelo como el inaugurador de la ciencia política y, sobre todo, la que lo toma como un realista político –si no es que como el fundador mismo del realismo en política–. De manera quizá curiosa pero no extraña en las interpretaciones sobre Maquiavelo, estas dos tesis recogidas por Islas son exactamente las contrarias de las sostenidas por Viroli.

En el texto se cuele alguna errata (como en la p. 48 que se dice que la primera comisión internacional de Maquiavelo fue “en 1550”, un obvio anacronismo) y se echa de menos alguna referencia a los estudios maquiavelianos españoles tan importantes en las últimas dos décadas.

El libro se cierra con dos segmentos documentales. El uno, la histórica carta que Nicolás Maquiavelo escribió a Francesco Vettori el 10 de diciembre de 1513 y en la cual habla por primera vez de que ha escrito

un “opúsculo” que trata sobre los principados y su gobierno (traducida también por S. Longhitano). El otro, el texto mismo de *El Príncipe*. No me propongo incrementar el ya de por sí ingente número de páginas sobre estos textos pero sí mencionar algunas características de la presente edición.

Para la traducción de *El Príncipe*, Taurus se sirve del copyright de Espasa Libros. Una traducción rigurosa dirigida al lector general. Para otros públicos, universitarios y especialistas, quizá más exigentes, contamos con las ediciones ya casi canónicas de Alianza (Miguel Ángel Granada) e incluso la de Losada (Roberto Raschella), para los primeros, y para los segundos la edición bilingüe de Trillas (traducida y anotada por Elisur Arteaga y Laura Trigueros) y algunas de las editoriales que utilizan la traducción de H. Puigdomènech (por ejemplo Cátedra). Pero es de mencionar que ésta ya no es la antigua traducción que Espasa Calpe mantuvo en tiraje de reimpresión desde, si no me falla el cálculo, 1939 hasta 1991 y que procedía no directamente del italiano sino del francés de aquel famoso ejemplar que perteneciera a Napoleón Bonaparte y que el general corso, en su huida, abandonara en un carruaje tras la derrota en Waterloo y que fuera recuperado (el ejemplar, del carruaje no sé nada) por las tropas británicas. Por ello, el conocido librito de la colección Austral de Espasa Calpe venía con la transcripción de las notas que Napoleón había hecho al margen. Aunque interesante como documento, al final decía más de Napoleón como lector que de Maquiavelo como escritor o sus ideas. A partir de 1991, Espasa Libros puso en circulación la traducción de Eli Leonetti Junge (o Jungl, según el registro de ISBN español) o Eleanor Leonetti (como aparece en la obra aquí reseñada), versión directa del italiano (aunque carece de indicios sobre la edición italiana que sirve de base), muy seria y, como está dirigida al gran público, sin aparato crítico y una muy reducida cantidad de notas. Por cierto que la ubicación de todas las notas al final de un libro con las características mencionadas dificulta grandemente su consulta, un indicio más de que no se trata de una edición académica.

Si no es una nueva traducción o una de mayores alcances filológicos contiene, a cambio, las fotos de una de las primeras ediciones impresas de *El Príncipe*: la de Blado d'Asola de 1532 impresa en Roma, fotos que proceden del ejemplar expuesto en la Biblioteca Nacional de Florencia. En torno a este asunto conviene aclarar dos inexactitudes.

Una, es que en la página legal se anuncia como título original de la obra *El Príncipe*, 1513. Esto es claramente un equívoco. En 1513 Maquiavelo escribe a su amigo Francesco Vettori y le envía un manuscrito –el “opúsculo”– con el título en latín de *De Principatibus* (o sea *De los Principados*). En 1532 aparecen dos ediciones impresas en sendos libros que reunían varias obras de Maquiavelo, ambas en italiano y en ambas la obra con el título que ha perdurado, *El Príncipe*. Una de estas ediciones es conocida como la de Blado, en Roma; la otra es la de Giunta, en Florencia. En realidad, la obra en la que se basa la traducción debe ser alguna de las ediciones fijadas en italiano que se desprenden de la de 1532 aunque la conmemoración se debe a la escritura –no a la impresión– de la obra en 1513.

Otra, es que la edición se anuncia como facsimilar, admisible sólo si entendemos la palabra de un modo excesivamente generoso. Un facsímil en sentido estricto supone la reproducción exacta de un original, desde el tamaño del folio hasta la tipografía; en muchas ocasiones esta clase de reproducción sólo era posible por la técnica de fotograbado. Pero esta edición no lo es. Recalco, esto no demerita en lo absoluto su alto valor: si la edición italiana de Treccani contiene una rica iconografía de Maquiavelo, ésta aporta las fotografías de la carta a Vettori así como las de la edición de Blado de 1532. La observación se refiere, pues, al uso inadecuado del término facsímil.

Para finalizar, regresemos al texto de Viroli. Se comprende mejor si se tiene presente la edición de Treccani porque en ella aparece otro texto de Viroli –titulado *L'Attualità del Principe*– íntimamente emparentado con el que tenemos ahora entre manos.

Entre los dos textos hay una gran similitud, incluso párrafos prácticamente idénticos. En ambos textos se sigue casi el mismo orden temá-

tico: la crítica de algunos lugares comunes atribuidos a Maquiavelo (en el texto de Taurus), la autonomía de la política (en ambos), el realismo político (en ambos), el carácter más retórico que científico del estudio de Maquiavelo (en el texto de Treccani) y una interpretación sobre el significado de *El Príncipe* (en ambos).

Viroli comienza sosteniendo que Maquiavelo no escribió *El Príncipe* para obtener un cargo con los Medici, aserto bastante difundido y que forma parte ya del elenco de los lugares comunes. En efecto, ese no parece ser el objetivo de *El Príncipe*. Sin embargo discrepo de las razones ofrecidas por Viroli. Este autor hace una comparación con otros espejos de príncipes y esos otros le parecen más elogiosos, encomiásticos, y mencionan más a su príncipe. Pero, sobre todo, cree que Maquiavelo rechaza una política de favores y privilegios.

Viroli carece de un panorama completo de los espejos de príncipes y sus elementos pero, sobre todo, juzga con un *ethos* absolutamente contemporáneo lo que Maquiavelo expresa en *su propio tiempo y con su ethos*. Tal vez el florentino no pide un cargo, pero lo más normal en su época es que lo hubiera hecho. No hubiera habido ninguna condena moral. Y, sin duda, quería convencer, si no de su persona, sí de sus ideas a los Medici.

Algo similar ocurre con el tema de la autonomía de lo político. Viroli, apoyándose en una célebre cita de B. Croce sobre Maquiavelo donde la política aparece “más allá, o, mejor dicho, más acá, del bien y del mal moral”, y que esta distancia es la base de la “autonomía de la política”, argumenta que Maquiavelo insiste en sus escritos en la moralidad de sus fines, medios y acciones. De esto ya no cabe duda hoy en día: Maquiavelo no era un amoral ni un inmoral. Pero de ello no se sigue que fuera un conformista con la moral declarada de su época. El autor de *El Príncipe* era un crítico de la moral cristiana al uso —al menos en algunos aspectos y con una gran dosis de ironía— y reclamaba para la acción pública una ética separada de la del púlpito.

Nuestro estudioso presenta sólo un aspecto del problema porque soslaya que la “autonomía de la política” es una categoría bastante discuti-

da y que parece un término débil frente al concepto de autonomía de lo político, concepto diferente y de mayor profundidad. Tanto en el asunto de la dedicatoria a los Medici como en éste, por momentos parece como si Viroli quisiera exculpar de algún pecado a Maquiavelo: exculparlo en el presente de algún pecado en el pasado porque las acusaciones presentes siguen reiterando la vieja moral desde la cual fue criticado.

Viroli argumenta, en el párrafo final de su escrito, que la longevidad de *El Príncipe* se debe a que este libro diseña con mano de poeta al fundador, reformador y redentor de Estados. Más cerca del genio del profeta que de la mente del científico. Es de notar que para Viroli el ejemplo señero de este príncipe sea Moisés. Conjuntando los dos textos mencionados, el autor parece interesado en proponer, en medio de tantos perfiles sobre el florentino, su propio retrato de Maquiavelo, uno más políticamente apasionado.

Ha habido quienes creen que se debe defender a Maquiavelo contraponiendo a las acusaciones de inmoralidad las cualidades de científico y realista. Viroli se encuentra en el difícil trance de negar estas cualidades —ni científico ni realista— al tiempo que vindica la ética maquiaveliana. Pienso que, en general, una de las grandes confusiones con Maquiavelo es quererlo interpretar sin el referente de su tiempo: no se trata de que no tuviera *ninguna* moral o fuera un diabólico prevaricador, se trata, sencillamente, de que estaba participando, sin ser plenamente consciente, en la construcción de la ética de la acción pública moderna con base en la ética modal de las fuentes clásicas. Viroli se desliza a veces por la ladera de esta confusión: hay que exculpar en el pasado los pecados del pasado para que no quede deuda que vindicar en el presente.

Más allá de cualquier discrepancia, no encuentro mejores palabras para concluir que las mismas de Viroli: “Regresar a Maquiavelo nos ayudaría a impulsar un renacimiento de la gran política que, como ciudadanos, aun antes que como investigadoras e investigadores, tenemos el deber de auspiciar, el deber de creer que aún es posible, el deber de contribuir a que reviva”.